TRAS LAS HUELLAS DEL PASADO:

A 20 años de la apertura de las fosas de San Vicente

Darío Olmo
Luis Miguel "Vitin" Baronetto
Moisés David Dib
Ana Mariani

Victoria Chabrando
Lucía Ríos
(Comps.)

Colección 40 Años de Democracia
1983/2023

Tras las huellas del pasado:
A 20 años de la apertura de las fosas de San Vicente

Victoria Chabrando
Lucía Ríos
(Comps.)

Editorial Filosofía y Humanidades | UNC
Área de Publicaciones
ffyh Facultad de Filosofía y Humanidades | UNC
UNC Universidad Nacional de Córdoba

Tras las huellas del pasado: A 20 años de la apertura de las fosas de San Vicente. Baronetto, Luis Miguel ... [et al.]; Compilación de Victoria Chabrando; Lucía Ríos. 1a ed. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2024.
Libro digital, PDF. 40 Años de Democracia. Tello, Mariana.
Archivo Digital: descarga y online.
ISBN 978-950-33-1788-4
1. Derechos Humanos. 2. Antropología. I. Baronetto, Luis Miguel, II. Chabrando, Victoria, comp. III. Ríos, Lucía, comp.
CDD 361.614

Área de
Publicaciones

Diseño: Maria Bella, Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.

Imagen de portada: Manuel Coll, Área de Comunicación de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.

Diagramación: Maria Bella y Luis Sánchez Zárate, Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.

Fotografías: Camilo Ratti, Área de Comunicación de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.

2024

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.

A 20 años de la apertura de una de las fosas más grandes del país

Ana Mariani

"Cada vez que recuperamos el nombre de un cuerpo, es también un modo de recuperar su vida, su historia".

Luis Fondebrider

"Trabajar de día, llorar de noche".

Darío Olmo

La dictadura argentina no escapó a la dificultad que tuvieron otros regímenes para ocultar los cuerpos de sus víctimas. La dictadura que se instaló en el poder en nuestro país a partir del 24 de marzo de 1976 tuvo también ese terrorífico problema: ¿qué hacer con los cuerpos?

Un pacto de silencio entre los autores intelectuales y materiales de la masacre de la década del '70 impidió las respuestas, hasta que el trabajo del Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) logró dar una respuesta acabada a esa pregunta. Y fue 2003 el año en el que comenzaron las respuestas para familiares de desaparecidos en Córdoba.

Desde que supe que el EAAF venía a Córdoba, elegí la tarea de llevar adelante en el diario La Voz del Interior la investigación del largo recorrido que tendrían estos antropólogos. Con la colaboración de la Facultad de Filosofía y Humanidades junto al Museo de Antropología, al grupo Aristha, arqueólogos, historiadores, abogados, estudiantes... se realizó una tarea interdisciplinaria, y por supuesto, como cada vez que se trata de Memoria, Verdad y Justicia el apoyo de los organismos de DD.HH. estuvo siempre presente.

Fue a partir de una entrevista que mantuve con integrantes de H.I.J.O.S., Madres y Abuelas que supe de la llegada del EAAF a Córdoba. Por lo cual, para mí, en realidad la investigación comenzó antes de aquel enero de 2003, ya que tuve un primer contacto telefónico un día de fines de 2002.

Con la poca información que tenía en ese momento, llamé a Buenos Aires a la sede del equipo y logré hablar con el antropólogo Darío Olmo para comentarle que me interesaba acompañar la tarea que realizarían porque la sociedad necesitaba saber la verdad y el destino de los desaparecidos, que no estaban en el exterior, como sostenían los negacionistas, sino que habían sido asesinados. Con Olmo, mantuvimos una charla cordial, pero me advirtió: "Con la prensa tendremos una relación cuidadosa. Primero están los familiares y la Justicia". Esas palabras quedaron grabadas en mí durante los años que llevó la investigación. Porque no se trataba de primicias; se trataba de respetar los tiempos y de no sobrepasar ciertos límites que en el periodismo muchas veces se traspasan.

Y fue del Equipo Argentino de Antropología Forense del que aprendí todo lo que sé acerca del acompañamiento a familiares, además de entender lo que significa ese vacío que no permite realizar el duelo cuando no se sabe dónde está el cuerpo. Pero también, la contraparte: asistí muchas veces a la entrega de la urna con los restos del hijo, la hija, la pareja, el padre, la madre, el amigo... La tristeza era infinita, sí, pero ahora con la certeza de poder vivir el duelo. Además, no solo se entregaban los restos de las víctimas, se devolvía una historia. Agustín Di Toffino, integrante de la agrupación H.I.J.O.S., relató lo que significa la ceremonia de entrega de los restos a sus familiares:

"Cuando uno participa de esa ceremonia, hay una dimensión que es colectiva, se recuperan los restos del ser querido, que ya no es un NN, y cada uno tiene un sentido de pertenencia sobre esa ceremonia; se reconstruye un pedazo de la historia de uno. Antes, había un vacío social sobre la figura del desaparecido, y esa incógnita se despeja con las exhumaciones. De esta forma, surgen las preguntas imprescindibles: qué pasó con esas personas, qué fue de sus vidas, por qué sus muertes, quiénes fueron".

Paula Mónaco Felipe, integrante también de la misma agrupación, que tiene a su mamá y a su papá en calidad de desaparecidos, destacó que se debía "calmar la esperanza". "Nos hemos criado con esa sensación de *muerte-no muerte*, con esa ausencia, de alguna manera aceptada. Ahora creo que las exhumaciones tienen que hacerse por una cuestión histórica, para la memoria del país. Yo fui cambian-

do a partir de las identificaciones que se iban realizando. La palabra que las define es 'recuperación'. Se está recuperando algo y que no es solamente el cuerpo sino algo más fuerte. Lo que sí uno trata de hacer es calmar la esperanza. Pero es muy diferente cómo se vive generacionalmente. Me duele que nuestros abuelos, que lucharon por la justicia y por recuperar a mis padres, se hayan muerto sin tener la posibilidad de enterrarlos. Para mí la recuperación de los cuerpos de mis padres sería una parte: hay que recuperar otras cosas, reconstruir quiénes fueros, su mundo, sus ideas, sus proyectos. Y también llegar a determinar quiénes son los responsables de sus muertes. Creo que encontrar el cuerpo abre cosas, más de las que cierra".

Un lugar amigable

Y fue el Museo de Antropología de Córdoba el que se convirtió para mí en un lugar familiar ya que allí asistí a cada reunión de los lunes a encontrarme con Darío Olmo para que me informara sobre los adelantos que semanalmente se producían en el cementerio San Vicente.

Pero también me quedó grabada para siempre la imagen de la primera vez que ingresé al laboratorio del Museo de Antropología. Chocar de frente con una dolorosa historia. Estar ante los restos de personas que habían sido secuestradas, torturadas, asesinadas y enterradas en fosas comunes en contra de toda pauta cultural y civilizada. Allí estaban Mariana Fabra y Fernando Olivares en el laboratorio, quienes me dijeron: "Es muy fuerte la sensación que tenemos al trabajar sobre estos restos. Pero sentimos que nuestro trabajo es una manera de colaborar con los familiares de los desaparecidos, para que puedan cerrar un círculo, ya que no pudieron recuperar ni el cuerpo del ser querido ni ese período de historia en el cual la persona no estuvo. Sentimos que es una deuda y una forma de ayudar a esclarecer una parte de la historia que la sociedad necesita conocer". Además en el Museo realicé las entrevistas con otros integrantes que colaboraban con el EAAF y también acompañé a familiares que me lo solicitaban para dar su muestra de sangre, ya que muchos llamaban al diario para saber cómo era el mecanismo.

Un desgarro visual

Y llegó el 1 de julio de 2003. El EAAF llamó a medios y periodistas a participar de una conferencia de prensa en el Museo de Antropología. El objetivo era informar la primera identificación y entregar un CD con fotos de las fosas del cementerio San Vicente. Recuerdo que llegué corriendo al diario porque ya estaban cerrando las páginas para entregarlas a las rotativas para imprimir. El director ordenó levantar la tapa y la página 4 del diario, para publicar algunas de las fotos.

Cualquier ciudadano hubiera podido pensar, al observar esas fotos, que se trataba de algún campo de concentración alemán... *Auschwitz*, *Buchenwald*, *Treblinka*, *Sobibor*. Sin embargo, esas imágenes pertenecían al horror enterrado en San Vicente.

Las fotos de las fosas que toda la sociedad cordobesa pudo ver mostraban el cuerpo del delito, ya nadie pudo después de eso decir "esto no pasó". Pasó y algunos de los mayores responsables de esos asesinatos, que siempre supieron dónde estaban los desaparecidos pero nunca hablaron, hoy están condenados. Otro gran logro de nuestra Democracia. En otros países donde hubo dictaduras tan sangrientas como la nuestra nunca fueron juzgados los genocidas.

Quienes pudimos observar el trabajo de los antropólogos, cuando las excavaciones llegaron a los restos, no logramos encontrar palabras; no existían. La primera vez que me asomé a las fosas y vi los restos de las víctimas, recordé lo que le escribió Derrida a Lévinas. "Identificar la muerte con la nada es lo que querría hacer el criminal". Pero contamos con un equipo que vino a contradecir a los criminales.

Y como dijo una amiga hace pocos días a propósito de las fotos de las excavaciones: "Se cumplen 20 años del desgarro visual que cambió nuestro modo de mirar". Las fotos también demostraron el trabajo de hormiga de los peritos y colaboradores que realizaban una tarea de cirujanos. Debían seleccionar y limpiar cada resto con sumo cuidado ya que no podían mezclarse las piezas porque eso dificultaría la posterior identificación.

Armarse de coraje

El día anterior a que el EAAF entregara estas fotos, publicábamos la resolución de la jueza Cristina Garzón de Lascano que me facilitaron en Tribunales, con la primera identificación, la de Mario Osatinsky, enterrado como NN en la fosa común del cuadro C del cementerio San Vicente la noche del 27 de abril de 1976. Venía a recibir los restos desde Suiza la mamá de Mario, Sara Solarz de Osatinsky. Habrá tenido que armarse de coraje para pisar suelo argentino después de no haber vuelto nunca a su país desde aquel 19 de diciembre de 1978, cuando efectivos de la Armada la llevaron a Ezeiza para que partiera rumbo a un forzoso exilio. Habrá tenido que armarse de coraje para pisar el suelo del país en el que quedaron sus dos hijos y su esposo muertos.

A los pocos días de esta identificación y de la repercusión que tuvieron las tareas realizadas en San Vicente, nos juntamos con dos compañeros del diario, Franco Picatto y Juan Carlos Simo, que trabajaban en LaVoz online y consideramos la posibilidad de realizar un multimedia, ya que pensábamos que este hecho histórico para Córdoba debía traspasar las fronteras de la provincia y el país. La dirección del diario nos dio el visto bueno y nos pusimos a trabajar a destajo junto a infografistas, fotógrafos, diagramadores para realizar un informe periodístico interactivo, teniendo como guía la investigación que realicé hasta ese momento. Desde el 10 de agosto de 2003, Argentina y el mundo tuvo a disposición el multimedia en Internet.

Descorrer los velos

El ejercicio de la memoria es difícil y a veces, como en este caso, puede tornarse casi insoportable. Por eso es necesario el proceso de construcción de la memoria colectiva contra el negacionismo, que intenta desacreditar con las narrativas que se instalan y que se construyen con la complicidad de ciertos medios de comunicación e incitan al enojo, al malestar y a movilizar las peores emociones, porque las de los negacionistas son construcciones ligadas al odio que intentan destruir los lazos sociales.

Se hace imprescindible recordar que hace 20 años la ciudadanía de Córdoba, con un nudo en la garganta, observaba las fotos del horror que desgarraban los sentidos y que comenzaban a desanudar una larguísima y dolorosa historia. Y esas eran las pruebas del delito. Desde ese momento, solamente los necios podían negar el genocidio argentino, la inhumana manera de pretender esconder sus crímenes y pretender hacer creer la infortunada frase "esto no pasó".

Se exterminó a una generación y las consecuencias las estamos padeciendo con creces. La tarea que nos cabe es descorrer los velos que muchos pretenden que permanezcan ocultos. Hay que reconstruir quiénes fueron los desaparecidos y asesinados, qué mundo pretendían, conocer sus sueños y proyectos. Y no cejar en la tarea de señalar a los responsables de sus desapariciones y muertes.

Si bien en algunos casos el ejercicio de la memoria puede resultar casi insoportable, es absolutamente necesario. Y en los momentos que estamos transitando en nuestro país se transforma en una obligación de la ciudadanía. Vemos cada día el crecimiento de la ultraderecha y en los últimos meses la vandalización a los símbolos de Memoria, Verdad y Justicia. El envalentonamiento de actitudes negacionistas y la llegada de diputadas y diputados "progenocidas" al Congreso Nacional no es nada alentador. Pero es nuestra obligación seguir luchando para que las fuerzas oscuras no le ganen a nuestro grito de NUNCA MÁS.

Nota: El EAAF tiene aún 600 cuerpos exhumados de distintos lugares del país sin identificar de víctimas de la represión entre los años 1974 y 1983. Para esto es imprescindible que los familiares de desaparecidos se presenten a dar su muestra de sangre. Los interesados pueden comunicarse con el Equipo a través de la página web (click aquí) o de lunes a viernes, de 9 a 17, al teléfono 0800 345 3236.